

Arija, una historia en fotos

GABRIEL PORRAS

A caba da aparecer una hermosa publicación que tiene como eje esencial, motivo y protagonista a la población de Arija. Se trata de una edición muy cuidada que ofrece al lector curioso un repertorio gráfico tan rico como admirable en el que, en torno a la aparición del pueblo de Vilga como prolongación fabril a partir de 1906 de la localidad, se desgranar decenas de fotografías agrupadas por temáticas (gentes, trabajo, fiestas, etc.) siempre introducidas en cada capítulo por textos ajustados al motivo y provistas, en todos los casos, de su correspondientes pies de foto.

Este trabajo, plasmado ahora en forma de libro, obedece a un empeño ya de años en el que tras sucesivas exposiciones de fotografías antiguas relacionadas con la localidad de Arija y las localidades cercanas de una u otra forma de ella dependientes, ha venido realizando con entusiasmo encomiable el Profesor Josu Aramberri y que, gracias a la colaboración de los vecinos y descendientes de aquellos pueblos, ha supuesto todo un acervo gráfico magnífico del que, es necesario destacarlo,

existen escasos precedentes.

El libro supone una selección obligada de esas exposiciones sucesivas a lo largo de bastantes años. Además de ello, el trabajo de investigación, de catalogación de cada ejemplar, de búsqueda tenaz de nombres, personajes que aparecen en cada fotografía, de lugares (muchas veces desaparecidos bajo las aguas del Embalse del Ebro), de situaciones y momentos concretos, de fechas, etc., que de no ser por el entusiasmo antes señalado de Aramberri, hubiese resultado un empeño poco menos que imposible. Junto a esos pies de foto tan rigurosos como entrañablemente exactos, el libro se enriquece con los textos de Óscar Ariz, llenos de agudeza y ajustado sintetismo que no ocultan, no obstante, una aproximación llena de sensibilidad.

En Arija se encontró la última de las instalaciones vidrieras que habían formado el llamado Complejo Vidriero de Campoo. Aunque las divisiones provinciales del primer tercio del siglo XIX adjudicó la entonces pequeña aldea a la provincia de Burgos, la vinculación de todo tipo de este pueblo con Cantabria hace de él una localidad más del Bajo Campoo. La Cristalera de Arija produjo un hecho realmente extraordinario en la comarca, una vez desaparecidas las demás fábricas de Arroyo, Las Rozas, Reinosa y Mataporquera, que condujo a la creación de una población de nueva planta en la zona llana del término, es decir, la zona llamada de La Vilga, regada por el río del mismo nombre (hoy bajo las aguas del embalse) que dará lugar al Barrio de Vilga. Un barrio que se transformó en una población fabril de corte absolutamente urbano y provista de todos los servicios

propios de esta acepción, desde el dispensario médico al ecomomato, desde la farmacia a la plaza de toros, desde el comercio variado a los colegios, etc.

No sólo el trazado de la nueva población, racional y geométrica, sino la impronta, el estilo y el carácter arquitectónico de las construcciones -que están muy bien reflejadas en las instantáneas que esmaltan el libro-, poseen un sello inequívocamente centroeuropeo que obedece a la procedencia de la empresa (Saint-Gobain) y al origen de sus directivos (la estatua que rinde homenaje al primero de ellos, Arsène Brachotte, preside un jardín en el pueblo, escultura, por cierto, obra de Victorio Macho) y buena parte de los manchoneros y técnicos vidrieros procedentes, al igual que en las anteriores fábricas de Las Rozas y Arroyo, del norte de Francia, de Bélgica, de Suiza, etc. Arija, encarada desde la estación del ferrocarril de La Robla, recuerda a no sé qué ciudad de aquellas latitudes, quizá a Guise en la Picardie francesa o a las alegres localidades de la Valonia belga. Todo un repertorio arquitectónico además de las instalaciones de la antigua vidriera, que deben ser preservados a toda costa.

La estupenda edición de Cantabria Tradicional de este volumen, 'Arija. Imágenes para el recuerdo' provocará, a buen seguro, una oleada de nostalgia y un interés cierto sobre una realidad que fue y de la que resta todavía buena parte, tamizada por el tiempo y los años; tanto para el lector curioso en general, como para todos aquellos que lo conocieron o tantos otros que descienden de muchos de los que aparecen en esas fotos entrañables, como es el caso de quien firma estas líneas.